

Curioso que un grupo de raigambre acústica como es Atomic consiga en algunas de las reacciones más primitivas de su auditorio -por tanto, también las más inmediatas, naturales y sinceras, las de menos traspaso intelectual- eso que el poeta René Char logró plasmar cuando se refería "al sabor eléctrico de la primera vez". Diríase aún que semejante sabor permanece en escuchas posteriores y hasta se reaviva, como sucede con esos platos à la arrabiatta cuando se les imprime calentura. No sería caer en la exageración señalar lo raro que supone en estos tiempos de extrañeza la aparición de un grupo como Atomic, sobre todo cuando se siente

muchos habrán de recordar en años venideros. Sólo con esa perspectiva es posible aproximarse a la nueva hazaña que propone el quinteto.

Ya desde su mismo título, Atomic juega al despiste, pues introduce un juego irónico en la misma concepción del trabajo: todos los temas han sido grabados en lugares donde se haría extraño encontrar alguna de esas palmeras que ilustra el cartón de la cubierta (de Trondheim a Oslo en un inicio y cierre de una gira noruega, con repertorio semejante al que trajeron en su paso por España en 2004 y 2005). Así, en los tres cedés del cofrecillo *The Bikini Tapes* se conjuga la maestría de estos músicos que hacen de la mezc-

nes de una pila-petaca, porque en eso y no en otra cosa se han convertido los actuales Atomic, después de frecuentar las compañías más insospechadas: en una fiable batería con la que poner en marcha muchos días por delante. Que la mitad del trabajo del grupo es improvisado no tolera duda, pero que la parte escrita del proyecto es brillante e insólita tampoco falta a la verdad. Largo sería consignar el trabajo corporativo de los cinco miembros de Atomic, aunque no estará de más apuntar algunos de estos intereses comunes. Sin ir más lejos, la pista del joven baterista Paal Nilssen-Love se pierde en intersecciones por las que pasa el Kornstad Trio, el Samsa'ra de Bugge Wesseltoft o The Thing de Mats Gustafsson junto a Joe McPhee, para ramificarse de inmediato en compañía del ubícuo soplador Ken Vandermark (a él se debe en buena medida el salto americano del grupo, los contactos con Vandermark 5, Free Fall, School Days, Crossing Division, FME, Nuclear Assembly Hall, Powerhouse y otros tantos de Chicago). Algunos de los miembros de Atomic participan de un modo u otro de todas estas propuestas, y es con todo este bagaje como otorgan la entereza y personalidad al grupo, en marcha desde 1998. Tanto los suecos, el trompetista Magnus Broo y el saxofonista Frederik Ljungkvist, como los tres noruegos, el pianista Håvard Wiik, el contrabajista Ingebrigt Håker Flaten y el batería Paal Nilssen Love convierten a Atomic en una máquina sin fisuras, energética y compacta, pero maleable como el cartón que envuelve *The Bikini Tapes*. Lo que ahí se guarda es un concepto de trabajo en marcha, de conciencia de que el paso de los días y la disposición sólo permiten acotar un territorio concretísimo. Es desde esa variación permanente que sólo rinde cuentas a los dioses de la espontaneidad como se logra sacar todo el jugo a una joya pop como *Piramide Song*, o simplemente hacer de las dobles lecturas de *Kerosene*, *Boom Boom* o *Alla Dansar Samba Hill Tyst Musik* una oda conjunta a la obra abierta, un homenaje al esfuerzo diario, una foto de familia para la posteridad. Qué lujo.

atomic



Tríptico Atómico

arropado por un sello de cuño reciente que ampara buena parte de las nuevas aventuras jazzísticas que se ha ofrecido al mundo desde los países escandinavos. Ya ocurrió cuando presentaron la primera de sus propuestas, *Feet Music* (2001), con un título que aludía descaradamente al universo de Ornette Coleman, para luego confirmar el buen sabor de boca con el fogonazo pasional de *Boom Boom* (2003) que

lanza entre géneros su razón de ser. Enlazan sin artificios -dificultad extrema si me apuran- las lecciones del Free tradicional con las músicas improvisadas de impronta europea, y conjugan todo lo anterior con un jazz tradicional que tampoco hace ascos a la música clásica contemporánea. El resultado deja, efectivamente, ese sabor eléctrico que con curiosidad recibe quien acerca su lengua a los bor-

Ver reseña de *The Bikini Tapes* en Sección Discos